

# PREGÓN PARA LA SEMANA SANTA DE GUADALAJARA 2011

---

Autoridades civiles y eclesiásticas, presidente y miembros de la Junta de Cofradías de la ciudad, abades, pueblo de Guadalajara hermano en la fe, queridas amigas y queridos amigos todos:

Desde el mismo principio, teniéndome por bien nacido, quiero agradecer, muy sinceramente, a la Junta de Cofradías de la ciudad y a sus respectivos abades, que hayan reparado en mi este año para redactar y pronunciar el Pregón de la Semana Santa de Guadalajara, una costumbre que, a fuer de cuidarse con celo y consolidarse edición tras edición, va camino de adquirir la dignidad de tradición, algo que acontecerá si las generaciones actuales somos capaces de legar este acto, y en este formato solemne, a las siguientes, y éstas de asumirlo, mantenerlo y legárselo a las que les sigan a ellas. Decía un bello exlibris de una obra del Dr. Castillo de Lucas, “Historia y tradiciones de Guadalajara y su provincia”, que **“lo que va a ser, va siendo”**. Efectivamente, podemos afirmar que el pregón de la Semana Santa de Guadalajara va camino de ser tradición, porque sus promotores así lo pretenden y por ello trabajan y porque el pueblo cristiano de Guadalajara, de esta manera lo va asumiendo.

Pero, costumbre ya hoy, pronto tradición, me pregunto, ¿es necesario pregonar lo obvio, como es que llega y se inicia la Semana Santa? Pues, a mi juicio, no sólo es necesario, sino que también es oportuno. Efectivamente, la Pasión, la Muerte y la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo vienen celebrándose desde hace casi dos milenios, por lo que su cita en el calendario, recién iniciada la primavera o avanzada ya ésta, como ocurre en este año, no es, no

debería ser, ninguna sorpresa para nadie, aunque sí novedad porque, aunque haga 1978 años que Jesús sufriera su Pasión, su Muerte y su Resurrección, cada año, como la misma liturgia cada vez que se consagran el pan y el vino y se convierten en el cuerpo y en la sangre de Cristo, vuelve a padecer, a morir y a resucitar entre nosotros, extraordinarios acontecimientos de Dios hecho hombre que son el eje de la Semana Santa, obviamente no sólo de Guadalajara, sino de la iglesia universal.

Pero si hay una sola Semana Santa, desde el punto de vista espiritual, y ésta es, o debería ser, idéntica para el provecho de las almas de todos los cristianos, seamos europeos o africanos, americanos del norte, del centro o del sur, asiáticos u oceánicos, desde el punto de vista formal y material hay muchas Semanas Santas que, generalmente, reflejan la idiosincrasia de cada pueblo. Así, sin salir de España -pues si lo hiciéramos podríamos agotar en el intento todas las horas que aún restan a este Viernes de Dolores-, por ejemplo, en Andalucía, la Semana Santa se vive de una forma tan intensa, que algunos hasta la ven excesiva, y tan “sui géneris”, que no pocos la ven, incluso, inapropiada. En todo caso, nadie puede dudar que la de Andalucía es una Semana Santa muy especial y vistosa y que representa de manera fidedigna la forma de ser de los andaluces y, quien se muestra como es y en toda su intensidad, da lo mejor de sí mismo.

Llegados a este punto y antes de hablar de nuestra Semana Santa, de la castellana de Guadalajara, me parece oportuno citar a San Juan de la Cruz, uno de los tres santos españoles, junto con San Isidoro de Sevilla y Santa Teresa de Jesús, que han sido distinguidos por el Papa –en el caso de San Juan, por Pío XI- como “**Doctores de la Iglesia**”, lo que les reconoce como “**eminentes maestros en la fe para los fieles de todos los tiempos**” y que han tenido y, por supuesto, siguen y seguirán teniendo, una influencia especial en el desarrollo del cristianismo. Pues bien, San Juan de la Cruz, en el capítulo 37 de su “**Subida**

***al monte Carmelo***”, se refería así al culto que los cristianos deben rendir a las imágenes religiosas, tan importantes desde el punto de vista material en la Semana Santa: ***“Por tanto, tenga el fiel este cuidado, que en siendo la imagen no quiere embeber el sentido en ella, ahora corporal la imagen, ahora imaginaria; ahora de hermosa hechura, ahora de rico atavío; ahora de larga devoción sensitiva, ahora espiritual; ahora le haga muestras sobrenaturales. No haciendo caso de nada en estos accidentes, no repare más en ella, sino luego levante de ahí la mente a lo que representa, poniendo el jugo y gozo de la voluntad en Dios con la oración y devoción de su espíritu, o el santo que invoca, porque lo que se ha de llevar lo vivo y el espíritu, no se lo lleve lo pintado y el sentido”***.

Estas certeras palabras del Doctor español de la Iglesia, San Juan de la Cruz, a pesar de estar escritas en el siglo XVI, son plenamente vigentes en el XXI. Efectivamente, por mucho valor artístico que tengan las imágenes que conforman los pasos de las Cofradías de Semana Santa, por mucho valor material que alcancen sus ornamentos e, incluso, por mucho valor sentimental y devocional que tengan para las personas que los portan o, los acompañan, o los ven pasar, como decía el santo abulense esas imágenes ***“no ocuparán ni el sentido ni el espíritu que no vaya libremente a Dios”***. Pero estas palabras de San Juan de la Cruz no han de entenderse como una invitación a la desafección a las imágenes que cada Cofradía cuida, porta y arropa con celo en sus procesiones y a las que se rinde culto especial, muchas veces heredado por tradición familiar; bien al contrario, en esa reflexión de San Juan de la Cruz lo que se pide al fiel es que su fervor a las imágenes no disipe, ni, mucho menos, anule el amor y la adoración debida a Dios, sólo a Dios, el ***“Amado”*** para San Juan de la Cruz en sus extraordinarios poemas místicos

Hablábamos de la singular forma en que se vive la Semana Santa en Andalucía y aún no lo hemos hecho de la forma, también singular pero bastante menos extravertida, con que se vive en Castilla, en general, y en Guadalajara, en particular. El carácter de los castellanos, ciertamente introvertido, austero, a veces hasta adusto y generalmente serio, sin duda que ha condicionado y condiciona nuestra Semana Santa, especialmente la que se celebra en la calle, gracias a la imprescindible y meritoria labor de las Cofradías que, con tanto celo y esfuerzo, portan sus pasos procesionales con gran devoción y hacen que el silencio se convierta en un clamoroso grito desgarrador por la cruel e injusta Pasión y Muerte que los hombres le dimos a Jesucristo cuando, siendo Dios, se hizo uno de nosotros, salvándonos por medio de su Resurrección, en el pago más generoso y la recompensa más desproporcionada que jamás se hayan tributado. ¿O es que puede haber una prueba más evidente de que Jesucristo es el Dios del Amor que el que padeciera, muriera y resucitara por todos los hombres, incluidos los que le dieron tan injusta, dolorosa y mala muerte?

La liturgia de la Semana Santa es realmente rica y en los templos de nuestras iglesias se van a celebrar estos días algunas de las ceremonias cristianas más sobresalientes, como la instauración de la Eucaristía en conmemoración de la Última Cena, en jueves santo, la conmemoración de la Pasión y Muerte de Jesucristo, con la veneración del árbol de la sacrosanta Cruz, en viernes santo, y la gloriosa resurrección de nuestro señor Jesucristo, en la Pascua del Sábado Santo al Domingo de Gloria, momento cumbre del cristianismo, recibido su triunfo sobre la muerte con esa voz latina bíblica y hebrea que es "**Aleluya**", una expresiva demostración de júbilo y que significa "**Alabad a Dios**".

Liturgias que serán complementadas por otras ceremonias, como los Vía Crucis, la instalación de

Monumentos en honor a Jesús Sacramentado o Predicaciones y Sermones, como el de las Siete Palabras, que proclama y comenta las últimas frases que Jesús pronunció, ya agonizante en la Cruz, y que son su último regalo, en forma de palabra, a los hombres antes de expirar. De entre esas siete palabras, que por su dimensión e insuperable contenido espiritual son verdaderos tratados, quiero destacar las séptimas y últimas: “**Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu**”, unas palabras que deberíamos tener permanentemente en el pensamiento todos los cristianos, y no sólo en la hora de nuestra muerte.

Eucaristías y otro tipo de liturgias, sermones y demás actos ceremoniales configuran la programación de nuestra Semana Santa en las distintas parroquias y templos de la ciudad para su adecuada conmemoración, pero a lo mucho e importante que acontece bajo techo sagrado, lo complementa de una manera proverbial lo mucho y también importante que sucede en las calles y plazas de Guadalajara, por las que, desde el Domingo de Ramos, con la llamada “de la Borriquilla”, se inician las Procesiones propias de este tiempo, que culminarán con la del Resucitado, el Domingo de Gloria, la última incorporada al programa procesional de la ciudad, hace apenas una década, recuperándose con ella una antigua tradición propia de la Parroquia de Santiago, cuando ésta tenía aún su primitivo templo ubicado junto a la fachada lateral del Palacio del Infantado. Un templo que fue derruido a mitad del siglo XIX, como lo fueron tantas otras iglesias de Guadalajara de las que hoy sólo nos quedan el recuerdo, algunos documentos, escasos vestigios y sus nombres: San Gil, San Esteban, San Julián, San Andrés y las antiguas de San Nicolás, que estaba en frente de la actual, San Ginés, que se localizaba en lo que hoy es la plaza de la Diputación, y la que ya hemos citado de Santiago. A estas iglesias parroquiales derruidas, habría que añadir también las conventuales que, casi siempre junto con sus propios conventos, fueron víctimas de la demoledora e iconoclasta piqueta que aquí se ha mostrado

excesivamente nerviosa y activa, sobre todo en los siglos XIX y XX.

No sin un gesto de lamento por tanto y tan importante patrimonio histórico-artístico y religioso perdido en nuestra ciudad, retomemos el tema de las procesiones de Semana Santa, que no son un invento de ayer, ni fruto de capricho ni de improvisación alguna y que, en nuestra ciudad, se remontan al último tercio del siglo XVI, exactamente a 1570, cuando se instauró la llamada “Cofradía de la Quinta Angustia”, amparándose su nacimiento en Bulas concedidas por el Concilio de Trento. Esa primera Cofradía guadalajareña fue impulsada por la orden de los Franciscanos y tuvo por imagen señera una Piedad que, según datos documentados y contrastados, después sirvió de modelo a imágenes que se hicieron para la Semana Santa de otros pueblos de la provincia, como por ejemplo Tendilla. Esta imagen de La Piedad, de la Cofradía de la Quinta Angustia, se veneraba y custodiaba en la desaparecida Ermita del Rosario, que se localizaba en las proximidades del Puente árabe sobre el Henares, exactamente en la parte más cercana a las terreras del río, en lo que hoy es el barrio llamado de Cacharrerías, por asentarse en una zona en la que en la Edad Media hubo numerosos alfares.

Apenas cuatro años después de la fundación por los Franciscanos de aquella pionera Cofradía guadalajareña de Semana Santa, que con el tiempo desapareció, en 1574 los Dominicos, establecidos en el Convento de Santo Domingo, del que hoy se conserva su iglesia, que actualmente es la parroquia de San Ginés, fundaron la Cofradía de la Soledad, que afortunadamente hoy pervive y que, por tanto, es la más antigua de cuantas participan en la Semana Santa de Guadalajara pues el resto de Cofradías y Hermandades se fundaron después de la Guerra Civil, en el pasado siglo XX. La Ermita en la que se custodió, durante varios siglos y hasta la contienda civil, la imagen de la Virgen de la Soledad, estuvo dedicada a la

advocación de esta misma Virgen y se localizaba enfrente de lo que hoy es la Iglesia de San Ginés, al iniciarse el llamado Paseo de las Cruces. En esa Ermita y en otras iglesias y ermitas de la ciudad, se albergaron también durante siglos numerosas imágenes que formaron parte de pasos procesionales de nuestra Semana Santa, obras de afamados escultores y pintores de Guadalajara, incluso anteriores al gran imaginero, lucense de cuna pero castellano de adopción, Gregorio Fernández, como es el caso de Tamayo, Barrojo, López de la Parra o los Hermanos Rueda, entre otros, artistas que también produjeron las imágenes de muchos pasos de Semana Santa de pueblos de la provincia. Hay noticias ciertas de la existencia de un magnífico y espectacular Descendimiento de la Cruz, conformado por ocho figuras, y de un Cirineo, compuesto por cuatro, obra de los Hermanos Rueda. Estas figuras, con el paso del tiempo, desaparecieron por motivos desconocidos, mientras que una imagen antigua de la Virgen de la Soledad, un Cristo Yacente y un Cristo atado a la columna, entre otros pasos que se custodiaban en la Ermita de la Soledad, fueron pasto de las llamas en 1936.

Como decíamos, salvo la de la Soledad, el resto de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Guadalajara se fundaron después de la Guerra Civil y las imágenes que conforman sus pasos procesionales son también posteriores a la guerra, aunque no por ello menos valiosas, siguiendo el justo criterio de San Juan de la Cruz que antes he citado. Además, gracias al empeño continuado de nuestras Cofradías, podemos decir bien claro y bien alto que Guadalajara tiene unos pasos procesionales de Semana Santa dignísimos y que, año a año, con sobriedad y rigor, pero con compromiso y empuje castellanos, ofrecen momentos muy intensos para la fe de los millares de personas que se dan cita en las aceras para verlos pasar, en silencio y con recogimiento, como corresponde a las formas tradicionales en esta tierra. Momentos en los que la compunción del corazón ante un paso de un Cristo o una Virgen, puede ser tan sincera

como la que se vierte en un confesionario. A este respecto de la compunción del corazón, decía hace más de 15 siglos San Isidoro de Sevilla, el primer Doctor de la Iglesia hispano, elevado a este magisterio por el Papa Inocencio XIII, que ***“el paso de Dios constituye una fuerza interior en el corazón del hombre merced a la cual brotan los buenos deseos a fin de destruir los malos. Así, pues, cuando surgen en el corazón humano estos deseos, hemos de saber que entonces Dios asiste con su gracia al corazón humano. Por tanto, entonces debe el hombre excitarse más a la compunción cuando se da cuenta que Dios opera en su interior”***.

Hemos hablado antes, sucintamente, de los primeros antecedentes de las Cofradías de Semana Santa de Guadalajara en el siglo XVI, una ciudad que, en las últimas cuatro décadas, ha triplicado su población, pasando de los 30.000 habitantes que tenía en 1970 a los casi 90.000 que tiene ahora. Es decir, Guadalajara ha crecido más en cuarenta años que en cuatro siglos. Gran parte del crecimiento demográfico experimentado por la ciudad ha tenido su origen, especialmente en los últimos años, en la población inmigrante llegada del exterior, pero también ha crecido la ciudad con la llegada de inmigrantes procedentes de otras regiones españolas y, de manera muy significativa, con habitantes de los pueblos de la propia provincia, lo que supuso que, al tiempo que crecía demográficamente la capital de manera exponencial, decrecieran ellos en la misma medida. Ese éxodo masivo del medio rural al urbano, entre otras cosas, se llevó por delante mucha memoria colectiva y no poca cultura material. Pero, afortunadamente, a pesar de esa despoblación masiva y de esas dolorosas pérdidas de memoria y cultura, se han preservado tradiciones centenarias de nuestros pueblos, tanto del tiempo de trabajo como del de fiesta, que constituyen un extraordinario activo del acervo popular, como es el caso del Reloj de la Pasión, una canción que se entona en la Semana Santa de algunos pueblos de la Alcarria baja, la que Guadalajara comparte con Cuenca, y



con la que se glosa, en sencillos pareados, la Pasión y la Muerte de Cristo, hora a hora, y que es cantada en las procesiones de Jueves Santo, acompañando imágenes en andas de Nazarenos y de Dolorosas. Este curioso canto de Semana Santa, que se enmarca en la tradición castellana de canciones seriadas, y que es un excelente resumen de las últimas horas de Cristo antes de su muerte en la Cruz, dice así:

***Tu reloj, Jesús  
Mío, comenzar quiero  
Porque ajustáis mis pasos,  
Mis desaciertos.***

***A las siete la cena  
Los pies lavasteis  
Limpia tanta impureza  
Tu hermosa sangre***

***A las ocho instituyes  
El Pan de Vida  
Dulce pan lo que atesora,  
Todo es delicia***

***A las nueve el mandato  
Que arroja llamas.  
¡Oh qué dulce! ¡oh dispones!  
¡Qué tierno mandas!***

***A las diez en el huerto  
Oras al Padre.  
Nunca yo ¡Oh Jesús mío!  
De ti me aparte***

***A las once te niega  
Tu amado Pedro.  
Yo mi amado te adoro  
Como a mi dueño***

**A las doce te prenden  
Atan y ultrajan.  
Ante Anás padeciste  
Las bofetadas**

**De blasfemo a la una  
Caifás te anota.  
Y aquí fueron los golpes,  
Furias, deshonras.**

**A las dos los testigos  
Falsos te acusan.  
No culpéis la inocencia,  
Culpad mis culpas**

**A las tres te escarnecen  
Hombres villanos.  
Y a ti, manso cordero,  
Hieren vendado**

**Sudas sangre a las  
Cuatro, entre agonías.  
¿Quién a llanto deshecho  
No se lastima?**

**A las cinco se juntan  
Los maleantes.  
Y a mi Vida la muerte  
Pretenden darle**

**A las seis te presentan  
Ante Pilatos.  
Triste, humilde y afligido  
Por mis pecados.**

**De Pilatos a Herodes  
Vas a las siete.  
A vestirte de loco  
Quien te enloquece**

**A las ocho Pilatos  
Muy bien convierte.  
Y aquél pueblo  
Infame: “¡muera!”, repite**

**A las nueve la lluvia  
De los azotes.  
Cinco mil, o más,  
Fueron las sinrazones**

**A las diez te coronan  
Con mil ofensas.  
¡Oh que agudas espinas,  
Lo que penetran!**

**A las once te cargan  
Con el madero.  
Aquí cayó mi querido,  
Por mis tropiezos.**

**A las doce te fijan  
Entre ladrones.  
¡Oh, qué ríos de sangre!  
¡Oh qué dolores!**

**A la una te dieron  
Hiel y vinagre.  
¡Oh que amargos deleites  
Los que catasteis!**

**A las dos encomiendas  
A Juan tu madre.  
Entre angustias del alma  
Tu amado Padre.**

***A las tres tiembla el orbe,  
Funesto día,  
Que mi Sol ha expirado,  
Murió la Vida.***

***A las cuatro una lanza  
Tu pecho hiere.  
De esta fuente, alma mía,  
Vive el que bebe.***

***De la cruz a las cinco  
Lo han desclavado.  
Ven difunto hermosura,  
Ven a mis brazos.***

***A las seis lo sepultan  
¡Oh Madre tierna,  
Piélago de aflicciones,  
Mar de tormenta!***

***Sola y triste has  
Quedado, Reina del cielo.  
¡Llora sangre, mi Luna,  
Que el Sol se ha puesto!***

***El reloj se concluye,  
Sólo nos falta  
Que a sus golpes y avisos  
Despierte el alma.***

Impresionante esta Pasión y Muerte de Jesucristo según el pueblo ¿verdad? No es el Evangelio según San Mateo en “koiné”, ni la versión latina de La Vulgata de San Jerónimo, ni su traducción al griego moderno, pero tiene una llaneza, una expresividad y una emotividad que hacen que se viva esa Pasión y esa Muerte, más que hora a hora, minuto a minuto.

Voy terminando ya porque el pregón es lo único que se interpone para que principie la Semana Santa y, aunque ésta nos retrotraiga y recuerde siempre el sufrimiento y el dolor infinitos que acompañaron la Pasión de Jesús y que le llevaron hasta una Muerte infamante, tras ella llega la Resurrección, el triunfo de Cristo sobre la muerte y que para sus seguidores, para nosotros, los cristianos, es el fruto que nos da vida eterna. ¡Aleluya!

He citado previamente, con toda intención, a dos de los tres grandes doctores que España ha dado a la Iglesia: San Isidoro de Sevilla y San Juan de la Cruz. No podría, mejor, no debería, concluir este Pregón sin acudir a la primera mujer, Santa Teresa de Jesús, que junto con Santa Catalina de Siena, fue elevada por el Papa, en este caso Pablo VI, a la más alta magistratura de la fe como es el Doctorado de la Iglesia. “*Nada te turbe*” tiene por título este poema de Santa Teresa que, como todo lo que escribió en verso, es la forma más bella de orar a Dios:

**Nada te turbe,  
Nada te espante,  
todo se pasa,  
Dios no se muda;  
la paciencia  
todo lo alcanza;  
quien a Dios tiene  
nada le falta:  
Sólo Dios basta.**

**Eleva tu pensamiento,  
al cielo sube,  
por nada te acongojes,  
*nada te turbe.***

**A Jesucristo sigue  
con pecho grande,  
y, venga lo que venga,  
*nada te espante.***

**¿Ves la gloria del mundo?  
Es gloria vana;  
nada tiene de estable,  
*todo se pasa.***

**Aspira a lo celeste,  
que siempre dura;  
fiel y rico en promesas,  
*Dios no se muda.***

**Ámala cual merece  
bondad inmensa;  
pero no hay amor fino  
*sin la paciencia.***

**Confianza y fe viva  
mantenga el alma,  
que quien cree y espera  
*todo lo alcanza.***

**Del infierno acosado  
aunque se viere,  
burlará sus furores  
*quien a Dios tiene.***

**Vénganle desamparos,  
cruces, desgracias;  
siendo Dios tu tesoro  
*nada te falta.***

**Id, pues, bienes del mundo;  
id dichas vanas;  
aunque todo lo pierda,  
*sólo Dios basta***

Hermanos todos en la fe: Que la Semana Santa os sea de provecho espiritual y los días que sigan al gran y esperado Domingo de Resurrección sean realmente gloriosos, especialmente para quienes más lo necesitan, pues la Caridad, además de ser una de las tres virtudes teologales junto a la Fe y a la Esperanza, debe ocupar el primer peldaño en la escala de valores de todo cristiano.

Muchas gracias por su atención.

Jesús OREA